

AQUELLOS FRESNOS

Hacía ya tiempo que venía persiguiéndome. Permítanme que espete su nombre con cierto aire de enojo y fastidio. Permítanme, mejor, guardarme con avaricia el odioso apelativo que cubría, cual máscara de hierro, al insistente rastreador.

Siempre me consideré una personalidad ejemplar. Quizás solo eso, una personalidad, y seguramente resida ahí el motivo de mi fracaso. Porque si, esta no es más que la breve historia de un breve fracaso.

Nací un día par, acaso un 3 de agosto, de un año casualmente no tan par. La personalidad de la que antes os hablaba fue camuflada, o más bien lapidada bajo el nombre de Rosa, Rosa Prada. Lo que no se, ni sabré nunca, es si el apellido tiene naturaleza materna o paterna... Soy la pequeña de una familia impar, bajo la tutela de mi padre y la de mi propia moral. El primero me enseñó lo duro que puede llegar a ser recorrer un camino empedrado, escarbado, seco, limitado por frondosos fresnos a los lados, radiante sol al horizonte y lúgubre oscuridad golpeando tu espalda; me enseñó a mirar siempre al horizonte, observar la belleza de la luz; me enseñó que mirarme el espinazo tan solo repercutiría negativamente a mis fines; sin embargo, también me enseñó que, desgraciadamente, la única manera de figurarse el horizonte es echando mano del mapa oscuro que golpea la espalda, el pasado. Mi otro tutor siempre estuvo ahí, acomodando mis quimeras y deseos a la cruda realidad, esforzándose por darme cobijo dentro de la cacería de brujas que representa toda sociedad.

Para ser sincera, nunca sabré concretar cual de mis dos tutores tuvo más influencia durante el largo paseo, si mi padre, físico y real, o mi moral.

De lo que estoy segura, sin embargo, es que me sigue persiguiendo, incansable, infatigable, hasta el último aliento lo hará, en todas mis decisiones estará. Permítanme seguir escondiendo su nombre. Os diré, en este caso, que es la causante de la derrota como persona de mi ser, del desastroso paseo que he construido, del fracaso de mi vida, sintetizando.

He de deciros, a su favor, que respetó mi niñez con tesón, se esforzó por no molestar durante esa época virgen, cuando los fresnos no eran más que simples arbustos y las semillas se alimentaban de simple agua. También he de deciros que los recuerdos de esta época no superan las marcas de un reloj. Tan solo me queda la constancia de algunas sombras tempranas, sin curvas, sin maldad, sin ningún afán de lucro, una época imberbe, sincera.

Un día, algo más madura de edad que no de mente, tuve mi primer contacto con mi ruin perseguidor. ¡Qué demonios! ¡Para qué engañarnos! ¡Se trataba de una perseguidora! Era un día un tanto negro; un lienzo oscuro recubría el pueblo, así como los alrededores. Se podían contar con los dedos de una mano las personas que campaban por la calle, exponiendo sus cuerpos a un manantial celeste e incesante. Nos encontrábamos todas en fila,

dispuestas a entrar a la clase de literatura, sin percatarme ni imaginarme que ella estaba allí, a mis espaldas, soplándome la nuca. Nos mostrábamos todas en una hilera perfecta, en la que tan solo nos distinguíamos unas de otras por el rostro, pues de cuello a pies, éramos copias exactas y esclavas de los mismos trapos. Desde dicha retahíla de trapos podíamos observar, a lo lejos, la hilera de los chicos, no tan uniforme y perfecta como la nuestra, pero de idéntico calcado entre ellos de cuello a pies. Ni si quiera podrías distinguir a tu confidente, si es que eras lo suficientemente habilidosa como para burlar la vigilancia de la maestra, doña Emiliana por entonces.

Por donde iba... ¡ah, sí! Allí estaba ella, mi rastreadora incesante, a mi espalda. Ni si quiera sabía de su existencia. La maestra pasó la lista de asistencia. Al llegar mi nombre, me levanté con escrupuloso respeto, asintiendo con la cabeza, separando mi cuerpo medio paso del pupitre, tal y como debíamos hacer todas y cada una de nosotras. Sin embargo, ese día fue diferente, pues otro Rosa salió de la boca de doña Emiliana. Estaba confusa, pues hasta ese día ninguna otra Rosa, aparte de mi persona, había entrado en clase. Ese mismo día nos pusieron una extraña prueba, en la que debíamos contestar con sinceridad, pues la prueba determinaría nuestro futuro más próximo, por lo menos en lo académico. Fue entonces, cuando empecé a sentir a mi análoga, su fuerza. Incluso me intimidaba, me hacía releer los ítems, dudar de mis respuestas e incluso cambiarlas después de sopesarlas concienzudamente.

A partir de entonces nos hicimos inseparables. Todo lo que me rodeaba llegaba a su entendimiento, lo sopesaba y me daba su opinión. Bueno... en realidad me la imponía en varias ocasiones, por no decir siempre. Incluso en los temas más personales ahí estaba ella, luchando por hacer de mi una persona más... no se... quizás menos...

Algo más tarde, ya mujer, entendí que aquí fuera no habría lugar para mí, ya no iba a comerme el mundo, ni podría jugar con la vida como jugaba en los primeros años de mi paseo. Quizás la culpa de este fracaso sea de ella, y no de mí, ¡Qué narices! Al fin y al cabo, como ya os he lloriqueado, no me dejaba tranquila, estaba en todas mis decisiones.

Encontré, al fin, un puesto de trabajo acorde a mis expectativas. Aunque para ser sincera, no se si en realidad era acorde a mis expectativas o a las tuyas... De todos modos, empecé a ejercer como sirvienta en una casa acomodada, de una familia también acomodada, pero más bien cómoda en sí, en Estepa (Sevilla). Trabajé en más casas, por supuesto, pero siempre en la misma localidad sevillana, y lo que es más importante, siempre bajo la cautela de mi querida análoga, que más que quererme, parecía querer herirme, puesto que todas mis decisiones eran sus decisiones.

También estuvo presente en mi boda. ¡Bueno! Por qué no decirlo, ¡estuvo incluso en la pedida de mano! En lo más personal siempre... Fue ella quien decidió con quien debía casarme. Ahora siento vergüenza de esto, pero

también fue la que decidió cuántos hijos debía tener. Lástima que decidiera que ninguno... Él murió pronto, solo pude disfrutar de su amor y compañía durante dos años. Sin embargo... ¡ella le disfrutó más que yo! ¡Peor que una simple amante! ¡En mi propia casa! ¡Bastarda!

Poco a poco, después de todos los golpes que la vida iba dándome, decidí... bueno, decidió ella por mí, claro, separarme de todo contacto humano. Me aislé, sola, en una pequeña casa, fuera de Estepa, fuera de Sevilla, fuera de mi Andalucía querida, fuera de España y fuera de todo... tan solo con ella.

¡Poco duré! Decidí poner fin a tanto sufrimiento. Estaba convencida de acabar con ella. No por locura, sino por necesidad. Echaba de menos la infancia junto a mi padre, mi tutor, el que siempre me recordaba que siguiera a mi corazón; recordaba lo que mi vecino, el gran Antonio Machado, escribió en su agonía, en su exilio, tal y como me tocó vivirle a mi, fuera de mi tierra, fuera de mi, y como él, yo también rezaba esas palabras escondidas en su bolsillo, en su muerte: "Estos días azules y este sol de la infancia".

Así lo hice, un día soleado. Acabé con ella. Fue rápido, pero necesario. No quería llamar mucho la atención de ningún medio, sin embargo tuvo repercusión en mis seres queridos... bueno, en mi único ser querido, mi querido padre.

Fue entonces, y solo entonces, cuando volví a recuperar el control de mi vida, decidí seguir a mi corazón, tal y como me aconsejó siempre mi primera influencia, que no la maldita moral. Fue entonces cuando decidí revelarme ante mi maldita análoga, que me increpó y acompañó incluso en mi huida, en mi particular exilio. Fue entonces, y solo entonces, cuando acabé con ella. Decidí hacerlo, ¡decidí matarla!

Recuperé, por fin, esa infancia preciosa. Volví a regar los fresnos con agua y no con lágrimas. Volví a ser libre, sin ataduras. Aunque para ello tuve que hacer un gran sacrificio. Así lo demuestra mi nombre esculpido en esa roca que preside mi particular nicho, así lo demuestran las flores que me lloran. Así, y de esta manera, acabe con ella, con mi gran enemiga, mi seguidora, mi análoga, mi otra Rosa Prada, decidí con el corazón, y acabe con ella, la gané, gané a la RAZÓN. Y estoy segura de que ella fue la causante de mi dolor, pues todo mi dolor se lo debo a ella, a mi maldita razón, que un día decidió decidir por mí, sin tener en cuenta que donde fracasamos todos en este paseo que es nuestra vida es en los temas personales, los cuales deberíamos manejarles con el corazón, y no con la razón.

Así acabé con ella, acabé conmigo.

"Echa mano del corazón, allí donde la razón no alcanza"